

## Romanos 5:12,16-19

Sermón Rom 5:12\_16\_19 Cuaresma 1 2011

Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.” ... Y con el don no sucede como en el caso de aquel uno que pecó, porque, ciertamente, el juicio vino a causa de un solo pecado para condenación, pero el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación. Si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia. Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación que produce vida. Así como por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, muchos serán constituidos justos.” (Romanos 5.12,16–19)

Es fácil lamentar las condiciones en que este mundo se encuentra. Hay problemas económicos, plagas, opresión, y finalmente, todo culmina en la muerte. ¿Pero por qué son así las cosas? ¿Por qué desde el momento en que nacemos estamos en un proceso de morir?

Nuestro texto nos explica por qué las cosas son así en este mundo, pero también nos da la única segura base para esperanza en este mundo maldecido por el pecado. Veremos en base de nuestro texto que **en Cristo tenemos más de lo que perdimos con Adán**. Veremos que I. Todos los seres humanos estamos incluidos en el pecado de Adán. Y II, que Cristo no sólo venció el pecado de Adán, sino también todos nuestros pecados.

Todos los hombres estamos incluidos en el pecado de Adán. Esto es lo que Pablo declara en el primer versículo de nuestro texto. “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”. Un hombre, con una acción en rebelión contra la voluntad y mandato de Dios, trajo el pecado en el mundo. Pero esa acción tenía una consecuencia preanunciada. Dios había dado el mandato: “De todo árbol del huerto podrás comer; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás” (Génesis 2.16–17). Y cuando sucedió la trágica caída

en el pecado, Dios declaró a Adán: “Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer y comiste del árbol de que te mandé diciendo: ‘No comerás de él’, maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida, espinos y cardos te producirá y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres y al polvo volverás” (Génesis 3.17–19).

Pero las consecuencias no se limitaron a Adán. Pablo nos dice: “así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”. Aquí debemos tomar un momento para pensar en lo que Pablo realmente está afirmando aquí. Muchos han pensado que está diciendo que es porque todos hemos seguido el ejemplo de Adán y también hemos cometido el pecado. Pero no es lo que dice. Dice que todos pecaron, precisamente en el pecado de Adán. El pecado de Adán es atribuido a todo ser humano, de modo que la muerte tiene un dominio universal sobre los hombres. Nacemos sujetos a la muerte, aun antes de haber hecho nada ni bueno ni malo.

Eso lo desarrolla un poco Pablo en los versículos que no están incluidos en nuestro texto. Dice: “Antes de la Ley ya había pecado en el mundo; pero donde no hay Ley, no se inculpa de pecado. No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que había de venir” (Romanos 5.13–14). El argumento es que aun sin la ley definida de Moisés, había pecado en el mundo, precisamente el pecado de Adán. Así que, aunque las personas no habían violado un mandamiento explícito de Dios como lo había hecho Adán, todos fueron contados como pecadores. Y la evidencia es que aun así “reinó la muerte desde Adán hasta Moisés”. Generación tras generación escuchamos el refrán: “Y murió”. Y no son solamente los adultos que mueren; mueren también los infantes y los niños aún no nacidos. Realmente, el pecado de Adán tuvo un efecto universal. Como en Adán todos los seres humanos son contados como pecadores, todos los seres humanos están sujetos a la muerte. Puede venir más pronto o más tarde, pero llegará.

Nuestro texto sigue explicando los efectos del pecado de Adán. La muerte es identificada como un juicio de Dios que Adán mereció para todos nosotros. “El juicio vino a causa de un solo pecado para condenación”. Eso es todo lo que se necesitaba. Un solo acto de pecado trajo el juicio de Dios, hizo que los hombres

fueran condenados a la muerte eterna debido a la culpa de ese pecado. En Efesios capítulo 2 Pablo nos dice: “Éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás” (Efesios 2.3). Por naturaleza, no por algo que habíamos hecho. Nacimos bajo la ira de Dios. Pablo nos explica que esto es porque el pecado de Adán fue atribuido a nosotros y contado contra nosotros.

Ya hemos escuchado que la muerte reinó sobre todos entre el tiempo de Adán y Moisés. Pero Pablo dice que ese reinado continuó. “Por la transgresión de uno solo reinó la muerte”. La identificación de nosotros, de toda la raza humana, con Adán produjo un reinado universal de la muerte. Nadie lo escapa. Los hombres han buscado la fuente de la vida por milenios, pero nadie la han encontrado.

Esta condenación por el pecado de Adán es universal en sus efectos. “Por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres”. La condenación, la sentencia del castigo, Dios la pronunció sobre todos los hombres debido al pecado de Adán.

La razón es que en esa única acción de Adán toda la raza humana fue constituida pecadora. “Por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores”. Los muchos en este versículo son los mismos que todos en la expresión anterior. “Muchos” aquí no está en contraste con “todos”, sino con “uno” o “pocos”.

Así que, Pablo claramente presenta el efecto universal que tuvo un hombre, Adán, al cometer su pecado. Trajo la muerte, el juicio, el dominio de la muerte, la condenación, a todos los hombres.

Tal vez estén pensando. ¿Pero por qué debo yo ser condenado no por mis propias acciones sino por la de Adán? No me parece justo. Es cierto, la razón humana piensa así. Pero en realidad, nos conviene que sea así, porque el mismo principio de identificación con otro y la imputación de la acción de otro se aplica en el caso de Cristo para nuestra salvación.

Pablo dice que Adán, precisamente en su efecto universal sobre todos los hombres, es “figura del que había de venir”. Habría otro que también tendría un efecto universal sobre la humanidad. Se refiere a Cristo, pero lo que podemos ver sobre la base de nuestro texto es que en Cristo y la imputación de su acción a nosotros hemos recuperado mucho más de lo que habíamos perdido en Adán.

Pablo claramente indica que el paralelo no es exacto, sino que los benditos efectos de Cristo superan en mucho los malos efectos del pecado de Adán. “Y con el don no sucede como en el caso de aquel uno que pecó”. Aunque en el efecto universal Cristo es similar a Adán, en el alcance de su efecto Cristo lo supera en mucho. ¿Cómo? Aunque el pecado de Adán tuvo un efecto universal en producir el juicio debido a una sola transgresión, de Cristo dice que “el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación”. Una sola transgresión fue suficiente para condenar a toda la raza humana. Pero los seres humanos no nos hemos quedado con una sola transgresión. Cada uno también cometemos innumerables ofensas contra la santa voluntad de Dios. Cada una de ellas también sería suficiente para producir nuestra condenación. Pero el don que trajo Cristo no sólo cubrió la transgresión de Adán, sino los millones de transgresiones adicionales que los seres humanos hemos cometido desde entonces. “La sangre de Jesucristo ... nos limpia de todo pecado”.

Aunque el pecado de Adán produjo un reinado universal de la muerte, que como tirano dominaba a todos nosotros, el paralelo otra vez es mucho más grande. Pablo no dice, como tal vez esperaríamos, que la vida ahora reina. Más bien dice que “mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia”. Cristo con su obediencia perfecta no sólo nos libra de la tiranía de la muerte, hace a nosotros reyes con Cristo. Reinaremos en vida, la vida verdadera, la vida que dura por toda la eternidad. Seguramente aquí Cristo nos ha obtenido mucho más de lo que hemos perdido en Adán.

Si un solo pecado, un solo acto de transgresión, fue suficiente para constituir a toda la raza humana pecadores, la justicia de un hombre, Cristo, hizo que viniera a todos los hombres “la justificación que produce vida”. De hecho, la obediencia de uno resulta en que “muchos serán constituidos justos”. Si Dios atribuyó a toda la humanidad la culpa y la condenación de Adán, también atribuye la obediencia de Cristo como nuestra obediencia, de modo que nos justifica, nos pronuncia justos.

Es cierto que no toda la raza humana será salva eternamente. Todavía es cierto que “el que cree tiene la vida eterna”. Pablo no está enseñando el universalismo, la doctrina de que todos finalmente serán salvos, aquí. Pero lo que sí está afirmando es que la obediencia de Cristo fue suficiente para que Dios pueda

perdonar los pecados de todos los pecadores. La fe en esa justicia ganada por Cristo es nuestra manera de apropiarnos esa justicia, de hacerla nuestra propia posesión y gozar de todos los beneficios de ella.

Perdonados, reinando en vida, justificados. Realmente con la imputación a nosotros del mérito de la obediencia de Cristo, hemos recibido mucho más de lo que perdimos en Adán. Alabado sea Cristo, nuestro Redentor, para siempre. Amén.